



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Derechos reservados.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. E.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Ramón Sopena, impresor y editor. Provenza, 93 a 97.—Barcelona

PRÓLOGO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Sobre las cinco de la tarde del 14 de enero de 1815, un sacerdote precedido de una vieja que parecía servirle de guía, caminaba por entre la nieve que se extendía desde el villorrio de Wimille al pequeño puerto de Ambleteuse, situado entre Boulogne y Calais, y en el cual Jacobo II, expulsado de Inglaterra, desembarcó en 1688. El paso del sacerdote era precipitado, como si alguien lo esperase con impaciencia; y para resguardarse del viento incómodo y frío que soplaba de las costas de Inglaterra, iba envuelto en su manto. Crecía la marea, y se percibía el mugido de las olas confundido con el áspero ruido de los guijarros que el flujo y reflujo arrojaba a la playa.

Al cabo de media hora de caminar por un sendero que señalaba una doble hilera de macilentos olmos, desnudos en invierno por los rigores de la estación, maltrechos en verano por la acción de los vientos del mar, la vieja, desviándose hacia la derecha, tomó por un camino apenas visible bajo la nieve que lo cubría, y que conducía a una pequeña casa edificada en la ladera de una colina que dominaba el paisaje. A través de los vidrios de la ventana se distinguía un punto luminoso, única señal que denunciaba la presencia de esta vivienda completamente perdida en la obscuridad.

Diez minutos bastaron a los dos viajeros para llegar al umbral de la puerta, que se abrió en el acto, al tiempo

que una voz fresca y dulce dijo con ligero acento inglés:

—¡Venga usted, señor abad!; mi madre le espera impaciente.

La vieja se apartó para dar paso al clérigo, tras el cual penetró en la choza. La joven cerró la puerta, y en la pieza inmediata, la única que estaba alumbrada, hizo ademán de señalar a un mujer que con dificultad se incorporaba en el lecho.

—¿Es él?—preguntó la enferma, en inglés y con voz débil.

—Sí, madre mía—respondió la joven en el mismo idioma.

—¡Oh! ¡que entre, que entre!—exclamó en francés la paciente.

Y volvió a hundir la cabeza en la almohada.

El sacerdote entró en el aposento y se acercó a la cama. La joven y la vieja permanecieron en la primera habitación.

La enferma, que parecía extenuada por el esfuerzo que acababa de hacer, indicó con vacilante mano al eclesiástico que se sentase en un sillón, junto a la cama.

El visitante acercó el sillón a la cabecera y tomó asiento.

Hubo un instante de silencio, durante el cual sólo se oía la respiración fatigosa de la moribunda y los sollozos que la joven procuraba vanamente sofocar.

En este intervalo de espera, el cura tuvo ocasión de echar una ojeada a los objetos que le rodeaban.

El interior de la pieza ofrecía una mezcla singular de lujo y de miseria. Los muebles y los tabiques eran realmente propios de una choza, pero las sábanas del lecho de la enferma eran de la más delicada tela de Holanda; el peinador con que se cubría, era de magnífica batista, y el pañuelo que, anudado al cuello, sostenía una selva de espléndidos cabellos castaños, estaba adornado con ese precioso encaje al que Inglaterra ha dado su nombre.

Frente a la cama, separados solamente por la ventana que tapaba una modesta cortina de indiana, se destacaban, por el esplendor de su colorido, dos retratos de cuerpo entero, debidos, sin ningún género de duda, al pincel de algún famoso pintor, ambos de tamaño natural y destinados a formar juego entre sí.

Uno de ellos representaba un oficial superior de la marina inglesa. En su uniforme azul, al lado izquierdo, se ostentaba la condecoración de la orden del Baño, tan estimada en Inglaterra, que sólo se concede por méritos de los más valiosos servicios; y más abajo de esta insignia, lucían otras tres distintas: una pertenecía a la orden de San Fernando y del mérito de Nápoles; la otra a la de San Joaquín de Malta, fundada por Pablo I de Rusia y que desapareció al ser asesinado este emperador, y la tercera, en fin, al Imperio turco, llevando las iniciales en diamantes de Selim III.

Pero lo más notable de este retrato, era la honrosa mutilación de que había sido objeto: una cicatriz muy ancha surcaba la frente, debajo de la cual una venda negra ocultaba uno de sus ojos, al paso que la manga derecha del frac, sujeta a un botón del uniforme, denunciaba la amputación del brazo, a la altura del codo.

El hombre representado en este retrato era de baja estatura; sus cabellos eran rubios; el ojo que le quedaba intacto parecía despedir el destello del genio; su nariz aguileña y su barba, vigorosamente pronunciadas, revelaban el valor y la energía, que son los rasgos característicos de los ínclitos guerreros.

La mujer retratada en el otro lienzo, era el tipo perfecto de la gracia y de la belleza. Sus cabellos castaños, desprovistos de adornos, caían en abundantes bucles sobre su cuello y su pecho; la negrura de los ojos y las cejas resaltaba en la brillante frescura de su tez; la nariz, correcta, y la boca infantil, entreabierta como una rosa en una mañana de primavera, dejaba ver, o mejor dicho adivinar dos hileras de perlas.

Vestía una túnica de cachemira de corte griego, y llevaba, echado sobre el hombro derecho, un manto de púrpura. El talle estaba ceñido por una amplia cinta de terciopelo granate recamada de oro formando en el broche un camafeo que representaba la cabeza de un viejo vista de perfil.

Este espléndido retrato era sin duda de la enferma, en cuyas facciones se podían descubrir aún, a pesar de sus cincuenta años y de los estragos de cruel dolencia, vestigios de una peregrina belleza que el pintor había reproducido con toda fidelidad.

En tanto que el cura se entregaba a este examen, por decirlo así involuntario, la enferma abrió lentamente los ojos y los fijó en él con inquietud; habríase dicho que buscaba en el semblante del que había elegido como intermediario de su reconciliación con Dios, la explicación de lo que podía temer o esperar de la misericordia divina.

El sacerdote era un anciano de sesenta y cinco años, de cara bondadosa y serena, sombreada por algunos mechones de blancos cabellos; su fisonomía reflejaba la sencillez de su alma, y en su mirada podía leerse un chispazo de esa inagotable ternura con que Leonardo de Vinci ha iluminado la del Redentor.

A su vista, pareció tranquilizarse un tanto la enferma.

—Padre mío—dijo,—he leído en todos los libros sagrados que la misericordia de Dios es infinita; pero he enviado a buscarle a usted para oír esas palabras de perdón en los propios labios de un ministro del Señor... Mis pecados, mis faltas, hasta mis crímenes—añadió bajando la voz,—son tan

atroces, que, para no morir en la desesperación, preciso de la palabra de un santo varón como usted.

El sacerdote miró con asombro a aquella mujer de voz melodiosa y cándido semblante, y que, no obstante, se declaraba culpable de actos criminales.

—Hija mía—le contestó,—el terror a la muerte la ofusca. La mujer es un ser débil que, por su posición en la sociedad, se halla expuesto a caer en pecado, a cometer faltas; pero, si no he comprendido mal, usted se acusa no solamente de faltas y pecados, sino también de crímenes.

—¡Oh, de crímenes! Sí, ¡de crímenes, padre mío! Yo bien sé que cuando un héroe me llamaba su manceba y una reina su amiga; que en el apogeo de mi juventud y en el torbellino de mi encumbramiento, no calificaba mis actos con ese rigor. Pero, después que el héroe y la reina murieron, después que me hundí en la miseria, y que la miseria, venganza del Cielo, me ha arrastrado a la duda, ¡oh! heme visto y me veo tal como soy, padre mío, es decir, ¡con un cuerpo manchado por la lujuria y las manos enrojecidas de sangre!

—Hija mía, la misericordia de Dios es infinita—repitió el clérigo;—y Jesús, en nombre de su Padre, perdonó a la Magdalena y a la mujer adúltera.

La enferma extendió la mano, la colocó sobre el brazo del sacerdote, e incorporándose para acercarse a él:

—¿Habría perdonado a Herodes?—preguntó.

El cura retrocedió con expresión de horror.

—Pero ¿quién es usted?—preguntó.

—Tiene usted razón, ciertamente—respondió la enferma;—le diré mi nombre, lo que equivale a decirse todo. ¡Oh! no me abandone usted luego que se lo haya revelado—añadió.

—Hija mía, yo acompañaría y prodigaría mis auxilios hasta el patíbulo a todo pecador, aunque fuese un parricida.

—¡Oh, el patíbulo es la expiación!—repuso la enferma.—Si yo muriese

en él, no vacilaría mi fe, como ahora, que muero en el lecho.

—Se desprende de sus palabras que usted ha matado, ¿no es eso?—preguntó con espanto el eclesiástico.

—No, padre mío, pero he dejado matar...

—¿Tenía usted conciencia del crimen que cometía?

—¡Oh, no, no! Creía servir al rey y a Dios, y sólo satisfacía mi venganza. ¿Cómo quiere usted que Dios me perdone, a mí, que nunca perdoné?

El sacerdote la miró.

—¿Es usted inglesa?—preguntó.

—Sí, padre mío—contestó la enferma.

—¿Es usted protestante?

—Sí.

—¿Por qué no ha mandado llamar a un pastor de su religión? En Boulogne vive uno.

—Lo sé...

La enferma sacudió la cabeza y exhaló un suspiro.

—¿Por qué?—volvió a preguntar el cura.

—Nuestros pastores son demasiado severos, padre mío, nuestra religión es austera en sumo grado... y no me he atrevido...

—Esas palabras equivalen a un entusiasta elogio que hace usted de la nuestra, hija mía. ¿Por qué no se ha refugiado usted en su seno, pensando de ella con tan alto concepto?

—¿Y si me hubiese rechazado, padre mío?...

—Nuestra religión no rechaza a ninguno. ¿Por ventura no ha dicho Jesús al buen ladrón: *En verdad te digo que antes de una hora estarás conmigo en el reino de mi Padre?*

—Pero el buen ladrón estaba en la cruz, expirando al lado del Salvador.

—Aquel que muere en El, muere con El, y el arrepentimiento tiene el valor moral del martirio de la cruz. ¿Se arrepiente usted, hija mía?

—¡Oh!—dijo la enferma, levantando ambas manos al cielo.—¡Oh, sí, lo juro con la mayor sinceridad.

—¿Se arrepiente usted por el solo temor de la muerte?

—No, padre mío, me arrepiento porque, lo mismo que a San Pablo en el camino de Damasco, ha caído de mis ojos el velo que los cubría, y me veo tal como soy.

—Pues bien, ya sabe usted que no solamente perdonó Dios a San Pablo, sino que le admitió en el número de sus apóstoles, y ello no obstante, San Pablo había guardado los mantos de los que lapidaron al mártir San Esteban.

—¡Cuán bueno es usted, padre mío, sosteniéndome y confortándome en la forma que lo hace!

—Ese es mi deber, hija mía. Cuando una oveja, desoyendo las advertencias del guardián, se obstina en apartarse del rebaño, el buen pastor se la echa a las espaldas y la lleva al redil; y cuando la prófuga, volviendo por impulso espontáneo sobre sus pasos, se integra voluntariamente en él, existe doble razón para que sea recibida con mayor alegría. Hable usted, confíese sus faltas; estoy dispuesto a escucharlas. Y si ellas no van más allá de las atribuciones conferidas a un humilde sacerdote, se las perdonaré en el nombre del Señor.

—El relato sería largo y, además, inútil; mi solo nombre bastará. En sabiéndolo, sabrá usted todo.

El cura la miró de nuevo con sorpresa.

—¿Su nombre?—preguntó.

La moribunda se inclinó hacia él, y con temblorosa y apenas perceptible voz, murmuró estas dos palabras:

—Lady Hamilton.

—Este nombre no me dice nada, hija mía—contestó el sacerdote;—no lo conozco, y ésta es la primera vez que le oigo pronunciar.

—¡Oh, Dios mío!—exclamó la enferma, con acento casi de júbilo.—¡Conque existe un hombre que no me conoce y una boca que no me ha maldecido!

Y se desplomó sobre el lecho, musitando una oración de acción de gracias al Todopoderoso.

Pero, de súbito, un vago sentimiento de terror se retrató en su semblante.

—¡Oh, padre mío! En este caso es-

toy perdida, porque no tendré ni fuerza ni tiempo para contárselo todo. Y si no puedo hacerle confidente de las angustias roedoras de la miseria, de las febriles seducciones del oro y de los engañosos pero irresistibles espejismos de la pasión; si de mi vida sólo conoce usted sus faltas y no sus tentaciones, usted no me perdonará jamás. ¡Oh! ¡Si usted pudiese leer...!

—¿Qué?

—Mi vida, que he escrito en todos sus pormenores a título de expiación inicial, y sobre todo para que más adelante sirva a mi hija, apartándola de la senda que yo he seguido e impidiendo que incurra en los yerros cometidos por su madre.

—¿Y por qué no había de leer esa narración escrita por usted?

—¡Oh, sí! escrita con la sangre de mis venas; se lo juro.

—¿Por qué, no he de poderla leer?

—preguntó nuevamente el cura.

—Porque, siendo yo inglesa, la escribí en mi idioma.

—He residido cinco años en Inglaterra, desde 1790 a 1795, y hablo el inglés como mi propia lengua.

—¡Oh, padre mío, padre mío!—exclamó la moribunda.—Dios, sin duda alguna, lo envía a usted, y empiezo a creer en su perdón.

Luego, con ardoroso afán:—Tome usted, padre mío—añadió, entregándole una llave atada a un pañuelo;—tome usted esta llave, abra el cajón de ese pupitre y encontrará un manuscrito intitulado *My Lyfe*. Léveselo, léalo, y vuelva usted cuanto antes mejor, si me trae su perdón. Si, al contrario, soy condenada, envíeme el manuscrito, y yo comprenderé el significado de su proceder.

El cura se levantó, y, abriendo el cajón, sacó el manuscrito indicado.

—Dios me concederá la gracia de dejarme vivir hasta ese momento, sobre todo...

Se detuvo, titubeando.

El sacerdote la miró con expresión que parecía querer infundirle ánimo.

—Sobre todo—continuó la enferma,—si usted me da su bendición.

—¡Yo la bendigo, infeliz criatura,

—dijo el sacerdote,—y ojalá pueda Dios bendecirla también!

Encontró a la vieja y a la joven arrojadas en la pieza inmediata.

—Quede usted con Dios, hija mía—dijo a la última, colocándole la mano derecha sobre la cabeza.

La vieja se apoderó de la izquierda, e imprimió un beso en ella.

El eclesiástico salió.

La enferma le siguió con la vista, extendiendo ambas manos hacia él.

La joven apareció en el umbral de la puerta.

—Madre mía, ¿cómo se encuentra usted?—preguntó.

—¡Oh, mejor, mejor, Horacia mía! Otra visita como ésta que acabo de recibir, y ese hombre habrá, con su virtud, disipado mi pasado...

* * *

Al otro día, a la misma hora, el sacerdote volvió, acompañado de dos monaguillos, uno de los cuales llevaba el acetre, y la cruz el otro.

La enferma parecía más tranquila, si bien más postrada que la víspera. Era incontrastable que únicamente la sostenía la fuerza de la Fe y la Esperanza, esas dos hijas de Dios.

Se adelantó hacia la cama. Su rostro reflejaba la luz de la caridad.

La joven y la vieja, parecidas a dos estatuas colocadas respectivamente en los extremos de la vida, incorporaron a la moribunda, poniéndole almohadas a las espaldas para que se mantuviese en aquella posición.

El cura se detuvo a dos pasos de la cabecera, contemplando a la cuitada, que esperaba puestos los ojos en el Cielo y las manos entrelazadas.

—¿Cree usted en los siete sacramentos?—le preguntó.

—Sí, creo—fué la respuesta de la enferma.

—¿Cree usted en la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía?

—Sí, creo.

—¿Cree usted en la supremacía del pontífice romano y en su infalibilidad en materia de fe?

—Sí, creo.

—¿Cree usted en los símbolos romanos y, finalmente, en todo lo que cree la Iglesia romana, apostólica y universal?

—Sí, creo.

El cura tomó un poco de agua del acetre en el hueco de la mano, y roció con ella la cabeza de la moribunda, diciendo:

—Yo te bautizo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; lave el agua del bautismo tus pecados, tus faltas y hasta tus crímenes.

La agonizante lanzó un grito de alegría, asió la mano del ministro, llevóla ávidamente a sus labios y la besó.

Luego, en un arranque sublime:

—¡Dios mío—dijo,—recibe mi alma!

Y se desplomó sobre la almohada, que la vieja y la joven bajaron suavemente.

Su fisonomía había recobrado un grado tal de serenidad, que las dos mujeres creyeron que dormía; no así el sacerdote, que comprendió que aquella calma celestial, sólo la muerte podía proporcionarla.

* * *

Y ahora, he aquí lo que el eclesiástico había leído en aquel manuscrito, intitulado *Mi vida*.

Escribo las siguientes páginas, en la esperanza de que Dios me perdonará en gracia de mi arrepentimiento y de mi humildad.

EMMA LYÓN, VIUDA DE HAMILTON.

1 enero 1814.